

# LA IGLESIA CATÓLICA ARGENTINA Y SUS POSTURAS ANTE EL PROTESTANTISMO Y EL JUDAÍSMO, 1930 – 1945

GRACIELA BEN-DROR  
*Universidad de HAIFA*

## LA IGLESIA CATÓLICA ARGENTINA Y EL PROTESTANTISMO

La Iglesia Católica Argentina durante los Papados de Pío XI y Pío XII emergió como un factor de influencia en el escenario político y social de la época. Luego del Congreso Eucarístico Internacional, que se llevo a cabo en el mes de Octubre de 1934, el catolicismo argentino abandonó la postura defensiva que había adoptado desde el ascenso del liberalismo hacia fines del siglo XIX, y se reubicó en el panorama nacional como una fuerza legitimadora y requerida por los gobiernos de la «Década Infame»<sup>1</sup>.

La Iglesia Argentina no fue ajena al quehacer político de la época. Puede observarse que en su intento de influir sobre la opinión pública y modelarla, la jerarquía eclesiástica fijó su posición en temas políticos internos e internacionales, tratando de guiar espiritualmente a los jóvenes católicos y otorgando para ello «normas» que fijaran las

---

<sup>1</sup> Fortunato Mallimaci, *Le Catholicisme et le Etat Militaire*, Ph.D. Dissertation, Ecole des Hautes Etudes, Paris, 1988; Floreal Forni, «Catolicismo y Peronismo», *Unidos*, I, Abril, 1987; Enrique Dussel, «The Catholic Church in Latin America since 1930», *The Cambridge History of Latin America*, Vol. VI, Part II, Cambridge University Press, pp. 547-582.

ideologías prohibidas por la Iglesia tales como el liberalismo, el socialismo, el comunismo y el «nacionalismo exagerado»<sup>2</sup>. Cabe preguntarse si intento fijar también la Jerarquía Eclesiástica su posición no solo en el plano ideológico-político sino también respecto a las religiones, tales como el protestantismo y el judaísmo.

Este tema no ha sido investigado aún en forma comparativa. Este estudio se propone analizar la actitud de la Iglesia hacia los protestantes y el Protestantismo y hacia los judíos y el judaísmo en esos años críticos de fines de la década del Treinta y la Segunda Guerra Mundial, durante los cuales también la Iglesia argentina tomó posiciones.

El 25 de enero de 1945, los obispos de Argentina publicaron una Carta Pastoral Colectiva respecto al protestantismo<sup>3</sup>. El contenido de dicha Pastoral pretendía alertar contra la expansión de la misión protestante en el seno de la sociedad argentina y advertía al pueblo católico contra la amenaza de la herejía y el proselitismo. ¿Cuales fueron las razones de la formulación de ese documento eclesiástico y por que fue publicado precisamente a comienzos del año 1945? ¿Cuales fueron las posturas respecto a los protestantes en los años anteriores?

Durante la década del Treinta, una y otra vez el laicado católico era alertado públicamente en publicaciones católicas oficiales y oficiosas acerca del peligro protestante. Las prohibiciones establecidas por la ley canónica que prohibían a los padres católicos enviar a sus hijos a escuelas protestantes, o temas relacionados a matrimonios de parejas pertenecientes uno a la religión católica y el otro a la religión protestante, fueron recordadas a los creyentes en varias oportunidades en el boletín oficial del Arzobispado de Buenos Aires en el curso de la década del treinta. No obstante, el tema del protestantismo no preocupó constantemente al catolicismo ni a los obispos ya que no era considerado como un problema que amenazaba cotidianamente al catolicismo argentino. Las referencias respecto al protestantismo hasta la década del 40, no pasaron, generalmente, de ser consideraciones a nivel filosófico e histórico, poniéndose de manifiesto en aquellos contextos en los cuáles fueron analizadas las causas del liberalis-

---

<sup>2</sup> «Declaración Episcopal», *Criterio*, No. 724, 15.1.1942, p. 56. «Normas para los Jóvenes de Acción Católica», dada en Octubre de 1942, *Criterio*, No. 767, 12.11.1942, pp. 258-261.

<sup>3</sup> «Carta Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino sobre la Propaganda Protestante», *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Febrero 1945, pp. 65-83;

mo y del bolchevismo, citándose a la Reforma Protestante y a Lutero como fuente de todos los males<sup>4</sup>.

Es de hacer notar, no obstante, que la presencia protestante en América Latina en general iba en ascenso y provenía no sólo de las antigua inmigración protestante europea de siglos anteriores, sino que también de las sociedades misioneras, las cuales se iban organizando y coordinando su accionar a medida que iban creciendo en números, en denominaciones y en fuerza real<sup>5</sup>.

Durante el año 1944, el tema del protestantismo se hizo más frecuente, aunque no aparecía aún como un problema cardinal. En noviembre de 1944, los obispos de EE.UU., enviaron a los católicos de Centro y Sud América, un comunicado en el cual advertían de la penetración protestante al continente sur, condenada consecuentemente por el episcopado norteamericano que acusaba a los protestantes de considerar a los latinoamericanos como seres «inferiores»<sup>6</sup>.

La Reforma Protestante fue considerada por el catolicismo argentino como la causa histórica primordial por la cual, a través de la libre exégesis de la Biblia, condujo a la escisión del marco jerárquico y a los demás «errores» del mundo moderno, el humanismo, la Revolución Francesa, y sus secuelas: el liberalismo, el modernismo, el socialismo y el comunismo, cuya implementación se materializó en la amenazante Revolución Bolchevique de 1917. Esta interpretación del protestantismo, fue el común denominador de la mayor parte de las corrientes del catolicismo argentino, poniéndose de manifiesto en el periodismo católico, como por ejemplo, «Criterio», «El Pueblo», los Boletines Parroquiales semanales y aquellos otros periódicos pertenecientes a la corriente nacionalista católica, tanto «hispanistas», como «maurrasianos»<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Ver por ejemplo, los artículos del comentarista oficial del diario *El Pueblo*, Luis Barrantes Molina: «Sobre la propaganda protestante», *El Pueblo*, 30.1. y 1.2.1942, p. 8; «Las nuevas mascararas del sectarismo», *Ibid.*, 10.12.1942, p.9; «Fanatismo e intolerancia», *Ibid.*, 13.12.1942, p.9; «A la infiltración protestante se refiere el Obispo de Asunción», *Ibid.*, 24.11.1943; p.9; «Sobre el dolor humano», *Ibid.*, 7.4.1943, p.9; «Un peligro grave», *Criterio*, 13.7.1944.

<sup>5</sup> José Míguez Bonino, «The Protestant Church in Latin America since 1930», *The Cambridge History of Latin America*, Vol. VI, Part II, pp. 583-604.

<sup>6</sup> Pbro. José Solari, «Hacia la Unidad Católica de las Iglesias disidentes», *El Pueblo*, 5 y 6.6.1944, p.9, *Idem.*, «No debe tratarse a los sudamericanos como a inferiores», *El Pueblo*, 9.6.1944, p.9; «La Campaña Protestante en América Latina cuenta con poderosos medios», *El Pueblo*, 19.1.1944, p. 9.

<sup>7</sup> Ver por ejemplo: «El dolor del mundo», *El Pueblo*, 10.1. 1945, p. 11; «El Protestantismo prepara el advenimiento del Comunismo», *Ibid.*, 10.1.1945, p. 11.

Aún así, el hecho de enfocar el problema desde el aspecto doctrinario-histórico, no hizo del protestantismo un problema acústico y de actualidad para el catolicismo hasta principios del año 1945. El viraje se produjo en enero de 1945 al darse a publicidad la Carta Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino. Ese documento oficial advertía acerca de la penetración de las sectas protestantes que habían comenzado a penetrar en la Argentina ya en 1938. Desde ese año en adelante, la actividad protestante misionera, destinada a lograr la conversión de los católicos, se tornó cada vez más fuerte. Según fuentes protestantes, el número de iglesias protestantes aumentó así entre el año 1938 al año 1949, de 392 a 955, en tanto que el número de miembros de las diversas comunidades crecía su vez de 38.000 a 228.000<sup>8</sup>.

A pesar de ese crecimiento, pareciera ser que el momento de aparición del documento oficial contra el protestantismo, fue dictado más por razones ligadas a la política eclesiástica exterior que por consideraciones internas. Aun cuando la penetración y la infiltración de las sectas protestantes de Estados Unidos comenzaron a hacerse visibles en la Argentina ya en el año 1938. La Carta Pastoral fue otorgada a los creyentes sólo luego que el tema pasó a ser relevante en los diversos países de América Latina y durante el gobierno militar del GOU que subió al poder en la Revolución de Junio de 1943, o sea en una época de plena ofensiva católica. Por otra parte, durante el año 1944, unos tras otros, los obispos de América Latina pronunciaron sus diatribas contra la penetración protestante.

El Arzobispo de Trujillo, en Santo Domingo, habló de la propaganda protestante, «lanzada como una red sobre todo el país». Por su parte, el Episcopado Mexicano publicó una Carta Pastoral Colectiva, en la que se enunciaba que: «En estos últimos tiempos hemos observado una gran actividad de parte de algunas sectas protestantes norteamericanas que pretenden arrancar la Fe Católica del corazón de los mexicanos». Tal formulación presenta a México como objetivo misionero, como si ella estuviera formada por tribus carentes de cultura. Más aún, el Episcopado Mexicano consideró que la penetración protestante en el país, abría el camino a «otra penetración»: la social y comercial, y los obispos de la Iglesia Mexicana, advertían

---

<sup>8</sup> Dr. Juan E. Gattinoni, Mensaje Episcopal Cuadrinial 1940-1944, *ISEDET*; J. B. Bastián, *Historia del Protestantismo en América Latina*, México, 1990; «Aspectos Históricos del Protestantismo en América Latina», *500 años de Cristianismo en América Latina*, Buenos Aires, 1992; José Miguez Bonino, *Op. Cit.*; Ver también: Haim Avni, *Argentina y la Historia de la Inmigración Judía, 1910-1950*, Jerusalén, 1983, p. 94.

que: «bien saben los protestantes que nuestra nacionalidad está entrelazada con nuestro catolicismo»<sup>9</sup>.

El Episcopado Colombiano publicó también una Carta Pastoral Colectiva, recalcando que «la Iglesia Católica está íntimamente unida en la entraña misma de nuestra nacionalidad». De aquí que «las sectas protestantes, no sólo que aparecen como un reto a la fe católica, sino que socavan los cimientos de nuestra paz, de nuestro progreso y de nuestro bienestar». Por lo tanto, la oposición a ellas «no es solamente el cumplimiento de un deber impuesto por la religión..., sino un acto verdadero de patriotismo». Posiciones similares se dejaron oír también en Ecuador. El Arzobispo de Quito proclamó que quien ataca a la Religión Católica no sólo comete «un crimen religioso» mas también se hacen reos de horrendo delito de parricidio». También el Arzobispo de Lima y el Episcopado del Perú declararon en una Carta Pastoral Colectiva que «quien atenta por consiguiente contra nuestra unidad espiritual, atenta contra nuestra nacionalidad». Más aún, el Episcopado Peruano advierte: «Pero esa propaganda protestante disociadora que así abofetea nuestra unidad nacional al desdeñar nuestra cultura y herir nuestros sentimientos patrios, no sólo provoca rivalidades dentro de la familia peruana, sino también fricciones desagradables que pueden acibarar nuestras buenas relaciones internacionales». Por su parte, también el Arzobispo de Paraguay arguyó en contra de aquellos que pretenden burlarse de «nuestra sagrada fe», lesionando los más «delicados sentimientos de nuestro pueblo»<sup>10</sup>.

Patriotismo y catolicismo se convierten así en sinónimos, de forma que toda lesión infligida al catolicismo debería interpretarse como la declaración de una ofensiva contra la identidad nacional. Para la Iglesia Católica en los países latinoamericanos, la identidad nacional y la identidad religiosa eran una y única identidad y ello determinaba su relación hacia el protestantismo. La Iglesia Argentina no divergía en ese aspecto de las demás iglesias de América Latina. Estas declaraciones públicas del Episcopado Latinoamericano, en las que se recalca que la «nacionalidad» y el «catolicismo» constituyen las dos caras del «patriotismo», se reflejaron también sobre el Episcopado Argentino. Este estaba profundamente identificado con esos contenidos que también eran la base del catolicismo argentino desde las

---

<sup>9</sup> «Carta Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino sobre las Propaganda Protestante», *Revista Eclesiástica*, pp. 74-75.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 75-76.

postrimerías del siglo XIX y que fue enfatizado a partir de la década del treinta de este siglo donde la «argentinidad», era un tema de debate en la escena pública, en tiempos que el Movimiento Nacionalista se hacía oír cotidianamente.

La Iglesia Argentina se unió a esas voces que también reflejaban sus propias posturas, y así sumaba su voz a un consenso eclesástico latinoamericano más amplio. La Carta Pastoral del Episcopado argentino otorgada en Enero 1945, hacía distinción entre la misión protestante norteamericana de la época, que trataba de penetrar haciendo proselitismo entre los católicos y compitiendo por ende con la Iglesia, de las sectas protestantes veteranas europeas, radicadas desde hacía muchos años atrás en el país y que vivían en paz como minoría en la Argentina, sin hacer misión entre los católicos. La Pastoral alertaba contra la penetración de una mentalidad diferente de la existente en América Latina, en general, y en Argentina, en particular. También en Argentina la penetración de la misión protestante norteamericana fue considerada peligrosa, siendo que: socavaba los valores de la nacionalidad<sup>11</sup>.

Desde el golpe militar del Junio de 1943, la Iglesia que había apoyado al golpe, intentaba influenciar simultáneamente en dos direcciones paralelas. Por una parte buscaba implantar la «Argentina Católica», modelada según su visión de mundo, por la otra apoyaba al gobierno en todas sus posiciones internacionales. Por lo tanto, por una parte, se mostraba reticente acerca de todo posible pluralismo que pudiera constituir una amenaza a la hegemonía cultural y religiosa católica y, por la otra, hacía frente común con el gobierno, actuando en el intento de creación de un frente común con el resto de los países católicos de América Latina, frente a la gran potencia liberal protestante del norte, los EE.UU. que intentaba penetrar e influir no sólo en el plano religioso sino también el lo social y lo político. Ello, precisamente en horas en que la presión norteamericana sobre el gobierno argentino - apegado a su posición neutralista - alcanzaba su punto culminante con los Estados Unidos de América, la cual tendía a aislar por entonces al país de los demás países del continente, que se habían alineado con los Estados Unidos y habían declarado ya - la mayoría de ellos desde 1942 - la guerra a las potencias del Eje.

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 78-79. Sobre el crecimiento de las sectas protestantes en Argentina y en América Latina, ver: José Miguez Bonino, «The Protestant Church», *Op. Cit.*; Ernest Stanislavs Sweeny, *Catholic and Protestant Misionaries in Argentina, 1938-1962*, Ph.D., University of Texas at Austin, 1969.

Al parecer, el viraje final respecto al tema protestante fue dado luego de la «Conferencia Sudamericana de la Iglesia Evangelista Metodista», convocada en Buenos Aires. Su mensaje final fue formulado el día 25 de noviembre de 1944, fue dirigido «a todos los gobiernos y los pueblos de América Latina», llamando a admitir la libertad religiosa. La polémica se encendió en torno a la interpretación de esta «libertad de culto». El Episcopado Católico interpretaba la noción de «libertad de culto», como «la libertad para dar culto a Dios conforme a la conciencia» o, en otros términos, «la carencia de persecución» religiosa.

Para los obispos católicos, la libertad de culto no significaba que una persona es libre de rendir culto a su Dios a dictado de su propia voluntad, sino que debe hacerlo tal como Dios quiere que se haga, vale decir, que el camino de la iglesia católica es el único correcto. De ahí que hace falta distinguir entre la tolerancia religiosa que posibilita a cada religión su lugar de culto y sus propias escuelas, admitida como lícita, y la exigencia protestante de una «libertad de culto» que confiere a todas las religiones una posición igualitaria, incluido el otorgamiento del derecho a la «misión» en un país católico, lo cual no es lícito. Esta última postura, adoptada por los protestantes, significa relacionarse hacia los católicos como creyentes de una religión inferior que deben volver a cristianizarse. De aquí devenían el derecho y la obligación de la Iglesia Católica de defenderse ante esa ofensiva.

Tal como lo hicieran los demás obispados de América Latina, el Episcopado Argentino recalcó también la identidad entre la nacionalidad y la religión católica. «Todo atentado a la unidad católica implica, simultáneamente, una lesión a la unidad espiritual de la Patria»<sup>12</sup>.

Sin embargo, los obispos argentinos buscaron enfatizar el aspecto doctrinario, tratando de evitar que la Pastoral fuera interpretada por los militantes católicos como una señal de legitimidad para el uso de la violencia contra las sectas misioneras. La Jerarquía Eclesiástica establecía una expresa diferencia entre la herejía y los errores religiosos que hay que condenar, por un lado, y los herejes y los descarriados, como seres humanos que hay que socorrer, por el otro. Más aún, la Jerarquía Eclesiástica advierte a los fieles de no utilizar medios violentos contra los herejes,

«En la lucha contra la herejía en defensa de la unidad católica, nuestra confianza debe ser puesta en Dios nuestro Señor y en los

---

<sup>12</sup> Carta Pastoral, *Revista Eclesiástica*, p. 79.



medios sobrenaturales con que Jesús ha dotado a su Iglesia y que siempre han sido en ella el principio vital de su cohesión y difusión».

Tales medios sobrenaturales son:

«los sermones, el conocimiento de la doctrina y la frecuente participación en la Eucaristía, sacramento de la unidad y la oración que nos unen y nos alcance la gracia de la perseverancia en la fe»<sup>13</sup>.

En su parte final, esta Carta Pastoral se concentraba en las vías de acción que conducirían tanto al fortalecimiento del catolicismo como al debilitamiento de la influencia protestante. Las resoluciones del Episcopado contra la penetración protestante se referían a varios campos de acción operativa: educativos, sociales y religiosos. La función práctica fue asignada a la «Acción Católica». Le correspondería a ella asesorar y orientar a los católicos organizados<sup>14</sup>.

Monseñor Gustavo Franceschi, editor de «Criterio», escribió una introducción a la Carta Pastoral donde recalca el indisoluble vínculo que unía a la Iglesia, la sociedad y el Estado. La unidad social y la estabilidad política eran consideradas funciones de la unidad religiosa, de ahí que la preocupación por la homogeneidad y la unidad religiosa- católica en los diferentes estratos de la sociedad era considerada una garantía de la unidad social, ya que «una de las profundas razones de la escisión social radica en la carencia de unidad religiosa»<sup>15</sup>.

De ello deducía la Jerarquía eclesiástica que la herejía protestante no era grave solamente por la aparente lesión a los principios de la verdadera religión, sino también en razón de las consecuencias sociales que acarrearía, ya que creaba la escisión en la sociedad y afectaba su homogeneidad. Más aún, el mensaje era considerado como un peligro actual, ya que «si el protestantismo lograra alcanzar los objetivos que se ha propuesto, haría tambalear la estabilidad nacional»<sup>16</sup>.

Para el catolicismo integral de la época, pues, la solución radicaba no solamente en el mantenimiento del status-quo, mas también en la «disposición para la ofensiva católica» cuyos medios eran la plega-

---

<sup>13</sup> Carta Pastoral, *Ibid.*, p. 80-81.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 82-83.

<sup>15</sup> Gustavo Franceschi, «El Protestantismo en la Argentina», *Criterio*, No. 883, 1.2.1945, p. 105- 107.

<sup>16</sup> *Ibid.*



ria, el apostolado y el sacrificio, tendientes todos a alcanzar ese fin. En resumen, el catolicismo integral en la Argentina, hablaba en 1945 de «conquistas», tal vez como símbolo de transición a una ofensiva militante.

## LAS REACCIONES ANTE LA CARTA PASTORAL

Los sacerdotes protestantes respondieron a la Carta Pastoral de la Jerarquía de la Iglesia Católica exigiendo el pluralismo religioso, recalcando la necesidad de velar por la libertad de pensamiento, conciencia y religión, en todo lo concerniente a la exégesis de la Biblia<sup>17</sup>. Ante esa respuesta Mons. Buteler, Obispo de Río Cuarto, publicó en el periódico católico «El Pueblo», tratando de demostrar que la reacción de los protestantes no era sino una pobre defensa del liberalismo, «dejó a la época moderna la funestísima herencia del socialismo y el comunismo»<sup>18</sup>.

Monseñor Buteler fue uno de los primeros obispos que exigieron, ya en 1942, neutralizar las voces disonantes democristianas hacia adentro de la Iglesia Católica por medio de la prohibición de la lectura del semanario «Orden Cristiano» en su diócesis. De ahí que la existencia del pluralismo religioso fuera de los marcos de la Iglesia Católica era aún más inconcebible. La alusión a los protestantes como defensores del liberalismo y por lo tanto cómplices del comunismo era el reflejo de la mentalidad de la época.

«Ya sabíamos que los protestantes en esta empresa no hacen más que prestarse como dóciles instrumentos de los comunistas para sembrar en las conciencias de Latinoamérica la confusión religiosa, preámbulo indispensable para la entrada triunfal del comunismo»<sup>19</sup>.

Amén de designar a Martín Lutero como «rebelde», «hereje» e «inmoral», los contenidos comunes del protestantismo y el comunis-

<sup>17</sup> Confederación de Iglesias Evangélicas del Río de la Plata, Documento de Respuesta a la Pastoral Colectiva de los Obispos Católicos», *ISEDET*; Entre las respuestas ver también: «Carta de la Diócesis Anglicana en Argentina y Este de Sud América», enviada el 23 de Febrero de 1945 al Arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Mons. Santiago Copello, en la cual explican que no pertenecen a la «Confederación de las Iglesias Evangélicas del Río de la Plata», *Revista Eclesiástica*, Mayo de 1945, pp. 313-315.

<sup>18</sup> Mons. Leopoldo Buteler, «Significado y alcance de la respuesta dada por los Pastores Protestantes a la Pastoral Colectiva de los Obispos Argentinos», *El Pueblo*, 22.3.1945.

<sup>19</sup> *Ibid.*

mo se resumías en un «ateísmo político o comercial», en la falta de interés por la «redención del alma» y en el peligro de «Quinta Columna» entregando a la Patria a intereses foráneos.

«Los pastores protestantes se escandalizan porque los llamamos quinta columnistas, que preparan nuestra patria para la entrega, filibusteros que nos roban lo más sagrado que llevamos en el corazón, como es la lealtad a nuestra tradición y a nuestras creencias»<sup>20</sup>.

A su criterio, el peligro se tornaba infinitamente más agudo, ya que la misión protestante era respaldada por el capital del país más rico del mundo, Estados Unidos, en una realidad de indiferencia religiosa como la que reinaba en la sociedad moderna. La aparición de la misión protestante, bien como «pionero del comunismo» o bien como respaldada por la economía capitalista, preocupaba sobremanera ya que podía desmoronarse la identidad católica ante la amenaza de «la destrucción de los sentimientos constructivos», vale decir, «la religión y el patriotismo»<sup>21</sup>.

Este análisis teológico y político imponía, por lo tanto, fijar limitaciones a la «libertad de hablar y de escribir» la libertad de enseñanza» y la «libertad de conciencia». Esta propuesta operativa se basaba en una intransigente oposición a todo cuanto se desviaba de la verdad católica. Es preciso «bloquear el camino a los falsos criterios»<sup>22</sup>.

La tolerancia divina, proviene de la consideración del «bien común», empero «cuando la tolerancia daña a esta y ocasiona mayores males a la sociedad, es consiguiente que ya no es lícita». Para el catolicismo intransigente en la Argentina no podía haber igualdad de derechos religiosos «por ser repugnantes a la razón que lo verdadero y lo falso tengan igual derecho»<sup>23</sup>. Esta posición era apoyada también por los demo-cristianos, que, también ellos condenaron la penetración protestante en la Argentina por lesionar el carácter del Estado<sup>24</sup>. La infiltración misionera protestante era visualizada como «casus belli» ante el cual ya no se podía callar.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> *El Pueblo*, 24.3.1945, p. 9.

<sup>23</sup> *El Pueblo*, 25.3.1945, p. 9.

<sup>24</sup> P. Juan Santos Gaynor, «El Proselitismo Protestante es Injustificable», *Orden Cristiano*, No. 75, Noviembre, 1945.

Sobre esta base la difusión conferida al Congreso Protestante Sudamericano de la Iglesia Metodista, realizado el 25 de noviembre de 1944 con todos sus aspectos propagandísticos, fue presumiblemente la razón inmediata que cristalizó en la Pastoral Colectiva de la Jerarquía Católica, que se negó a transigir y a compartir con otras religiones la hegemonía cultural sobre lo que se consideraba «la Argentina Católica»<sup>25</sup>.

A pesar de la preocupación y la energía invertida en este documento, por la Jerarquía, parecería ser que este mensaje anti-protestante no llegó enraizarse en el público católico militante. Más aún, parece ser que el tema del protestantismo era ajeno a la preocupación católica de la época. Conforme al testimonio personal de Marcelo Sánchez Sorondo - intelectual de mucho peso en el marco católico nacionalista, editor de la revista Nueva Política - en la década del 40, no sólo que el tema del Protestantismo no encontró eco en el medio intelectual nacionalista, que le era cercano, sino que no tenía consciencia de que haya sido publicada una Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino contra la penetración del protestantismo<sup>26</sup>.

## LA IGLESIA CATÓLICA ARGENTINA ANTE EL JUDAÍSMO Y LOS JUDÍOS

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, la Jerarquía Católica no otorgó ningún documento referente al tema judío, y la palabra «judío» o «judaísmo» no apareció en ningún documento oficial desde el año 1933 hasta el año 1945. Por primera vez en estos años, aparece la palabra «judío» en esta Carta Pastoral Colectiva respecto a los Protestantes. Es así que, en el marco de los argumentos que establecían diferencias entre la «tolerancia religiosa» y la «libertad religiosa» absoluta, la Jerarquía citaba, por vez primera en un documento oficial, a los judíos:

«Sabemos de la forma violenta en que fueron atacadas a veces otras religiones y de que tales ataques fueron propiciados por las autoridades. En nuestra propia época, judíos y cristianos fueron asesinados, desarraigados de sus hogares y perseguidos. Sucedió en México, España, Rusia y Alemania. Vimos que en algunos de

<sup>25</sup> «Mensaje del Congreso Sudamericano de la Iglesia Evangélica Metodista a los Gobiernos y Pueblos de América Latina», Reunido en Buenos Aires, 25.11.1944.

<sup>26</sup> Entrevista con el Dr. Marcelo Sánchez Sorondo, 23.8.1990.

esos países el cristianismo fue suplantado por el culto a la raza o al estado<sup>27</sup>.

La Jerarquía Argentina establecía así una comparación doble: por una parte comparaba poniendo a un mismo nivel el sufrimiento de las víctimas, judíos y cristianos; por otra parte comparaba y ponía al mismo nivel a los criminales que perpetraron esos crímenes. Esta comparación, entonces, venía a establecer una analogía entre esos crímenes del nazismo contra los judíos y la persecución a la Iglesia Católica y a los sacerdotes cristianos en la Unión Soviética, España y México. El sufrimiento de las víctimas judías y cristianas era presentado asíj como el común denominador en los países en que no existía la «tolerancia religiosa», relativizando así las teorías racistas del régimen nazi. También respecto a los perpetradores de tales crímenes se establecía una analogía. En enero de 1945, cuando la información relativa al holocausto del pueblo judío era ya un hecho público en todo el Occidente y también en la Argentina<sup>28</sup>.

Vemos, pues, que incluso al final de la guerra, el Episcopado Argentino continuaba poniendo en un mismo plano al comunismo con el nazismo y ello no sólo como posición táctica que pretendía crear un equilibrio entre las ideologías erróneas, sino también como creencia filosófica esencial y consecuente, que impedía toda posibilidad de captar la magnitud y la propia esencia racista y anticristiana de los crímenes del nazismo. La mención de las persecuciones como «persecuciones religiosas» que se llevaban a cabo en países en los cuales: «el cristianismo ha sido suplantado por el culto a la raza o al estado» es la expresión de una posición doctrinaria tendiente a poner en un mismo plano a todos los totalitarismos sin diferenciar entre ellos.

La diferencia entre la persecución del pueblo judío, incluida la puesta en práctica del asesinato en masa en dimensiones y métodos sin precedentes hasta entonces, escapaba a los ojos de los miembros de la Iglesia Argentina. La necesidad de mantenerse aferrados a los moldes conceptuales preestablecidos limitaba así su posibilidad de distinguir entre el carácter criminal «par excellence» del nazismo y el

---

<sup>27</sup> Carta Pastoral, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, p. 78. Entre los años 1930-1945, no hay mención alguna acerca de los judíos en los documentos del Episcopado Argentino.

<sup>28</sup> Las noticias acerca de la matanza masiva del pueblo judío que se estaba llevando a cabo por los nazis en la Europa conquistada, fue publicada también por las publicaciones católicas desde el mes de diciembre de 1942. Ver por ejemplo: *El Pueblo*, 7 de diciembre de 1942.

resto de los regímenes totalitarios o anti-clericales de izquierda, que también incurrieran en crímenes y persecuciones a la Iglesia<sup>29</sup>.

Por otra parte, puede deducirse que, finalmente, la Iglesia Argentina no pudo ya hacer omisión del exterminio del pueblo Judío que se venía perpetrando por la Alemania nazi y tuvo la sensibilidad de mencionar, aunque por primera vez al final de la guerra, el sufrimiento del pueblo judío ante la barbarie del Nazismo. La citada Pastoral fue firmada por los veintidós Obispos y Arzobispos de la Argentina<sup>30</sup>.

No obstante la omisión formal del tema judío en los documentos eclesiásticos oficiales hasta entonces, ello no debe interpretarse como indiferencia respecto a los judíos, ya que las formas de transmisión de los mensajes de la Jerarquía Eclesiástica fueron variadas y diversas y no siempre por vías oficiales. Tales posiciones del Episcopado argentino podían localizarse a través de las voces no oficiales o semioficiales de grupos, organizaciones y personalidades -sacerdotes y laicos católicos - que formaban parte de la institución eclesiástica<sup>31</sup>.

Tratándose de la década del 30 y durante la Segunda Guerra Mundial, cabe preguntarse: ¿cuales fueron los mensajes del catolicismo argentino respecto a los judíos en esos años críticos y cual fue la línea central aceptada por la Jerarquía Eclesiástica? Finalmente, ¿cuales son los puntos de similitud y de divergencia en las posiciones y actitudes de la Iglesia Católica Argentina respecto al protestantismo y respecto al judaísmo?

Con respecto al judaísmo las posturas expresaron un amplio espectro de creencias, posiciones y criterios que fluctuaban desde el odio fanático al judaísmo y al judío, por un lado hasta manifestaciones de piedad y de conmiseración frente al sufrimiento de los judíos bajo el yugo de la ocupación nazi en Europa, por el otro. Tras estas tendencias muy polarizadas se perfilaban posturas políticas más generales respecto a la guerra: los católicos «aliadófilos» tomaron mayormente posiciones de compasión hacia los judíos y los católicos «neutralistas» tomaron en general posiciones antisemitas en sus diversas gamas<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> Estos conceptos de comparación aparecen ya en 1937 cuando son publicadas las dos Encíclicas *Mit Brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*, otorgadas por el Papa Pío XI, en el mes de marzo de 1937.

<sup>30</sup> Carta Pastoral, *Revista Eclesiástica*, p. 65-83.

<sup>31</sup> Ivan Vallier, *Catolicismo, Control Social y Modernización en América Latina*, New Jersey, Princeton University Press, 1981.

<sup>32</sup> Ver por ejemplo esa gama de posiciones en publicaciones católicas como: *El Pueblo, Criterio, Orden*

A pesar de la diversidad de posiciones, la mayoría de los católicos allegados al Episcopado adoptaron una posición de «neutralidad» en la guerra, ya fuere como expresión de fidelidad a la política de neutralidad declarada por el gobierno argentino o como reflejo de la «imparcialidad» en el conflicto mundial adoptada por el Vaticano. Pero la posición católica respecto a los judíos tenía ciertamente raíces más profundas. En las publicaciones del clero en relación a los judíos, incluidas las instrucciones para maestros de catequismo, incluyeron, en la década del 30, no sólo los motivos del «decidió» cometido por los judíos, sino también los crímenes rituales cometidos por judíos contra niños católicos y contra la hostia sagrada. Todo ello sin dejar de enfatizar los contenidos de «Los Protocolos de los Sabios de Sión» sobre la supuesta «conspiración judía mundial» para conquistar el mundo cristiano<sup>33</sup>.

El judío como individuo era el símbolo de quienes se rebelaban contra Jesús en la imagen de Judas Iscariote, pero era también el judío colectivo de la nueva era, que se había alzado contra el cristianismo medieval, mediante la Revolución Francesa, habiéndose convertido en el principal beneficiario del liberalismo, el cual había conducido directamente a la Revolución Bolchevique. Así, Rothschild y Marx pasaron a ser el anverso y el reverso de una misma moneda que implicaba la destrucción del cristianismo y la creación del Reino de Israel sobre la tierra, suplantando a aquel<sup>34</sup>.

La hostilidad hacia «el judío» como materialización del demonio o imagen del Anticristo halló su expresión en una percepción del judío como enemigo multifacético: en la imagen del judío traidor y deicida fueron conjugándose todos los enemigos del cristianismo: el liberalismo, la democracia, la masonería, el modernismo, el socialismo, el comunismo y la corrupción moral que emanaba de ellos y de su concepción de mundo. Transmisores de este mensaje fueron «Los Protocolos de los Sabios de Sión», «El judío internacional» de Henry Ford y el antisemitismo de la derecha radical de Francia, a través de E. Drumont, Ch. Maurras y M. Barres<sup>35</sup>.

---

*Cristiano, El Cruzado y en Boletines Parroquiales*, en: Graciela Ben-Dror, *La Iglesia Católica Argentina y el Pueblo Judío Durante los años del Holocausto, 1933-1945*, Tesis doctoral, (Ph.D.), Universidad Hebrea de Jerusalén, 1994. (Hebreo).

<sup>33</sup> *Catequesis*, Abril, 1937, pp. 46-47.

<sup>34</sup> *Catequesis*, Junio, 1937, pp. 109- 140, «La Cruz y el Judaísmo», *Santa María de los Angeles*, 25.3.1934.

<sup>35</sup> Por ejemplo en ciertos boletines parroquiales: «Jesucristo Rey», *Dios y Patria*, 30.10 1932, Eusequio

Así en el marco de la concepción de mundo antimodernista de la Iglesia argentina de esos años, muy influida por el pensamiento de la derecha europea, el antisemitismo se convirtió en un componente integral y vital que se nutría tanto de una tradición histórica y teológica imbuida de prejuicios antijudíos como de los motivos del antimodernismo tan en boga en los círculos de los militantes católicos de la época. De lo antedicho se desprende que los motivos de «la conspiración judía para dominar el mundo» como medio de destrucción de la civilización cristiana arraigaron en el discurso católico, creando un nuevo estrato de raciocinio y lógica interna sobre el basamento teológico antijudío tradicional ya existente, proporcionándole una dimensión de continuidad y actualidad a lo largo de las generaciones y reforzando los argumentos. La centralidad de tales mensajes en el catolicismo argentino allegado a la Jerarquía eclesial en las décadas del Treinta y el Cuarenta, fue decisiva<sup>36</sup>.

Sobre esta base, sacerdotes de gran prestigio intelectual y muy antisemitas, como Julio Meinvielle, Leonardo Castellani y Virgilio Filippo, y laicos católicos como Gustavo Martínez Zuviría, conocido bajo el seudónimo de Hugo Wast, -todos ellos de gran renombre, que publicaban ensayos y pronunciaban discursos antisemitas- no constituyeron una desviación de los lineamientos de la Iglesia Argentina ni eran marginales, sino que representaban una norma aceptada como parte de la cultura católica de la época. En algunos de sus escritos ellos pregonaban el doble mensaje de la conversión de los judíos o su muerte; por ejemplo, el padre Leonardo Castellani, que ponía en boca de uno de sus personajes literarios el dilema: «Pero tío, preguntaba el niño a su 'tío el cura': a los judíos 'hay que convertirlos o hay que matarlos' y su tío le contestaba: «ambas cosas a la vez». «Pero cual primero»- insistía el niño. «Las dos juntas» -contestaba su tío el cura. O el caso más conocido de Hugo Wast, que ponía en boca de uno de sus personajes las palabras: «Muerte a los judíos!», o el padre Filippo, que defendía la necesidad de un «antisemitismo moral», que llevaba implícita la violencia para expulsarlos de la sociedad cristiana, como autodefensa católica ante la amenaza judía<sup>37</sup>.

---

Vicandí, C.M.F., «La Conspiración Universal Judeo-Masónica», *Apóstol Claretiano*, 25.1.1932, «Judiadas», *Samaritano*, 14.88.1932, «El Judío Errante», *Samaritano*, 9.4.1933.

<sup>36</sup> Graciela Ben Dror, *La Iglesia*, op. cit., ver capítulos 3 y 4. Sobre el crimen ritual del niño Dominguito de Val: *Catequesis*, Abril 1937, pp.46-47; ver también: Julio Meinvielle, *El Judío*, Op. Cit., pp. 58-59.

<sup>37</sup> Julio Meinvielle, *El Judío*, Op. Cit., Leonardo Castellani, *Las ideas de mi Tío el Cura*, Op. Cit., Hugo Wast, Kahal- Oro, Virgilio Filippo, *El Monstruo Comunista*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1939, y ver recomendación de su libro en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1939, p. 512.



Sólo una ínfima minoría -en general ligada a la oligarquía conservadora pro-británica- que sustentaba tendencias democristianas influidas por Europa, rechazó la definición de la Guerra Civil Española como «Guerra Santa», se inclinó hacia las potencias aliadas en el conflicto mundial y se hizo eco del padecimiento judío en su semanario «Orden Cristiano». A pesar de sus posturas básicamente anti-comunistas -que formaban parte del consenso católico de la época- estos grupos condenaron la invasión nazi a la Unión Soviética y discernían entre el régimen comunista condenado por el catolicismo por un lado y el pueblo ruso, que era digno de piedad, por el otro. Para ellos se apoyaban siempre en personalidades católicas europeas para legitimar sus posiciones. En el caso de su desacuerdo con la invasión a la Unión Soviética se basaban en las posturas emitidas ya por el Cardenal Primado Arturo Hinsley de Gran Bretaña<sup>38</sup>.

Monseñor Franceschi, editor de «Criterio» era una de las personalidades intelectuales católicas más reconocidas en toda Latinoamérica. Sus opiniones reflejaban las posturas del Episcopado, que avaló a «Criterio» como revista católica. Su enfoque antirracista a nivel teológico era absoluto y sin vacilaciones. Aun así otorgó un espacio en su semanario al comentarista antisemita José Assaf, quien escribía artículos antisemitas rabiosos. Pero no sólo él. Para Monseñor Franceschi, la condena al racismo se fue agudizando durante el correr de la guerra en forma paralela al crecimiento de su antisemitismo, manteniéndose ambos sobre la base de una argumentación doctrinaria. La condena del «racismo pagano» por una parte y el «racismo judío» por la otra, en forma simultánea, pasó a ser parte de un discurso que caracterizó no sólo a «Criterio» sino también a muchos sacerdotes y católicos laicos allegados a los marcos de la jerarquía eclesiástica, como por ejemplo el periódico católico «El pueblo»<sup>39</sup>.

De ahí que no sólo no hubo en los principios cristianos formulados contra el racismo nazi un elemento capaz de detener o por lo menos atenuar los tan arraigados prejuicios anti-judíos sino que, por el contrario, la divulgación de los motivos racistas en la Argentina por varios grupos nacionalistas de derecha facilitó la legitimación de ese antisemitismo tradicional tan enraizado en la cultura católica de la

---

<sup>38</sup> *Orden Cristiano*, Órgano de la corriente demo-cristiana, que comenzó a aparecer en el año 1941. Ver también: «Desvirtuando calumnias contra el Cardenal Hinsley», *Criterio*, No. 795, 27.5.1943, pp. 92-93.

<sup>39</sup> Graciela Ben-Dror, Ph.D., *Op. Cit.* Ver por ejemplo: Gustavo Franceschi, «Los Puntos sobre las iés», *Criterio*, No. 589, 15.6.1939, p. 154; «El Problema Judío», *Criterio*, No. 587, 1.6. 1939, pp. 101-104; y también en los artículos siguientes en la misma serie, 8,6; 15,6; 22,6; 6,7; 13,7.

época: se rechazaba el racismo pero no el antisemitismo en sí; cada uno de ellos dependía de una dinámica diferente y los católicos argentinos generalmente no lograba establecer la conexión entre ambos. Por el contrario: a través de sus voceros más representativos, el catolicismo argentino adoptó una postura por la cual el «racismo pagano» debía ser reprobado, mientras que el «antisemitismo tradicional» o «antisemitismo moral» de acuerdo al padre Filippo, debía ser adoptado como auto-defensa de los cristianos ante la amenaza del judío moderno, liberal y comunista a la vez<sup>40</sup>.

Más aún: el rechazo doctrinario al racismo como ideología desde que fue otorgada la Encíclica *Mit Brennender Sorge* por el Papa Pío XI en el año 1937, no incluyó una condena hacia el régimen nazi. De ahí que cuando el catolicismo argentino, a través de uno de sus voceros, el diario *El Pueblo*, adoptaba una línea de «neutralidad», que a veces encerraba una preferencia por el triunfo de Alemania en la guerra, ello no contradecía una línea clara del Vaticano. Al mismo tiempo el comunismo -representado por la Unión Soviética, la República Española y el régimen de la Revolución Mexicana- continuó siendo considerado como la mayor amenaza y principal enemigo del cristianismo. Ese fue uno de los principales factores por los cuales la crítica contra el régimen de la Alemania nazi se formuló en tonos menores, basándose en la anhelada perspectiva de que pudiera vencer totalmente a la Unión Soviética y expulsar al comunismo finalizada la guerra<sup>41</sup>.

Puede afirmarse que respecto a la cuestión judía, el catolicismo argentino, fue «más papista que el Papa». Aún cuando -como ya se ha dicho- el judaísmo jamás fue incluido entre los «errores modernos» condenados por la Santa Sede, es significativo el hecho de que más de una vez fuera mencionado en las publicaciones católicas argentinas como uno de los errores condenados por el Papa. Para ciertos medios católicos como el semanario jesuita de Córdoba «*El Cruzado*», la ligazón entre comunismo y judaísmo era tan obvia y tan cotidiana que el semanario «recordaba» a sus lectores que el Papa

---

<sup>40</sup> Este tema resalta mucho en las observaciones del diario *El Pueblo*, y también en órganos del Movimiento Nacionalista, como: *Nueva Política*, *Nuevo Orden*, *Sol y Luna*, *Cabildo*, *Nuestro Tiempo*, que en parte son editados por católicos laicos, y sacerdotes. Loas al régimen de Hitler, ver por ejemplo: «Tal es la señalada virtud del régimen de Hitler, haber dado la primera clarinada contra el pueblo de Israel», *El Cruzado*, No. 945, 1934, p.133.

<sup>41</sup> «*Mit Brennender Sorge*», *Colección Completa de Encíclicas Pontificias, 1832-1965*, Ediciones B.A.C., Madrid, 1<sup>er</sup> tomo, pp. 1466-1481. Esta Encíclica casi que no tuvo eco en los marcos católicos argentinos según el Dr. Manuel Ordóñez, en entrevista personal, realizada el 3.4.1986. El diario *El Pueblo* publica una página de noticias provenientes de los países del Eje has el mes de Enero de 1944.

había condenado «al comunismo y al judaísmo» en su Encíclica *Divini Redemptoris* en el año 1937, a pesar de que esa frase existía en la Encíclica. Los estereotipos anti-judíos tan profundamente arraigados eran más fuertes que la realidad y formaban parte de un consenso. En otras palabras: para los jesuitas de Córdoba, la condena del comunismo era una novedad relativa, la condena del judaísmo era obvia e intrínseca, aunque ella existiera sólo en el mito de su imaginación<sup>42</sup>.

Desde una perspectiva comparativa puede comprobarse que a pesar de todo lo dicho relativamente no se observaba en el catolicismo argentino un tratamiento obsesivo del tema judío. Ello contrariamente a lo que sucedía con el tratamiento obsesivo del tema comunista. Pero este hecho no representa precisamente un signo de moderación respecto a la temática judía; por el contrario: se puede deducir que la concepción antijudía estaba tan profundamente arraigada que no era necesario traerla a colación cotidianamente. Las fuentes del anti-judaísmo religioso sobre cuya base se asentaba el antisemitismo moderno, no eran una novedad, sino componentes ordinarios e integrales; y la medida de oficialismo del mensaje no era la que establecía su influencia sobre la sociedad. En la búsqueda de una alternativa cultural católica integral, el antisemitismo estaba implícito en esa opción antiliberal, anticomunista y antijudía que debía ser la base del «Nuevo Orden Católico».

A través de los documentos revisados para este estudio se vislumbra un panorama muy estático en las posiciones básicas del catolicismo argentino a la largo de todo el período que tratamos, si bien hubo excepciones: los salesianos, que habían tomado posiciones antisemitas durante los años Treinta, hicieron un viraje en los años Cuarenta; también el periódico católico de Córdoba «Los principios» mostró señales de un cambio de posición, dando cabida a voces que se identificaban con el sufrimiento judío luego de haberse hecho públicas las noticias sobre el exterminio del pueblo judío a fines del año 1942 y principios del año 1943. No sucedió lo mismo con el principal periódico católico de Buenos Aires, «El pueblo», que no solamente no moderó sus posturas, sino que reforzó su línea antijudía en el curso de esos años. El periódico otorgó considerable espacio a sacerdotes antisemitas extremistas como Virgilio Filippo y a otras personalidades menos conocidas pero muy antisemitas y ubicadas en posiciones de influencia, como el Padre Gabriel Riesco o comentaristas oficiales

---

<sup>42</sup> «Divini Redemptoris», *Colección Completa de Encíclicas Pontificias*, 1832-1965, 1er tomo, pp. 1482-1502; ver: *El Cruzado, Semanario Católico Militante*, Córdoba, No. 1120, pp.688-689.

laicos como Luis Barrantes Molina, columnista oficial del diario «El pueblo» y activista central de la Acción Católica Argentina<sup>43</sup>.

Cuando la Jerarquía Eclesiástica advirtió que la juventud que se había educado en los marcos de la Acción Católica Argentina y los Cursos de Cultura Católica se aprestaba a una acción política y militante «aquí y ahora» en los marcos nacionalistas extra-eclesiásticos, intentó poner freno a esa tendencia, que podía conducir a la pérdida de su égida sobre los fieles. Los marcos nacionalistas se convirtieron en competidores de los marcos católicos; militantes centrales de la «Acción Católica» y de los «Cursos de Cultura Católica» fueron simultáneamente activistas centrales en las diferentes organizaciones del Movimiento Nacionalista. Resultaba así muy difícil establecer límites claros entre los «católicos nacionalistas» y los «nacionalistas católicos», tanto a nivel conceptual como a nivel humano; lo común superaba a las diferencias<sup>44</sup>.

Precisamente los nacionalistas de derecha destacaban y enfatizaban todo aquello que los unía: el catolicismo, el anti-liberalismo, el anti-parlamentarismo, el anti-comunismo y el antisemitismo. De aquí que los gritos de: «¡Viva Cristo Rey! ¡Muerte a los judíos! ¡Viva Hitler! ¡Argentina sí!, ¡judíos no!» que se dejaron oír en las manifestaciones de la Unión de la Juventud Nacionalista, respondieran a los moldes de pensamiento aceptados por aquellos laicos católicos que militaban en sus filas, aún cuando expresaban la pérdida del dominio eclesial sobre esa juventud que se había educado en los marcos de la Iglesia. Los mensajes teológicos católicos captados por los jóvenes instruidos en los marcos eclesiales, fueron interpretados por ellos como base para su aplicación política, aquí y ahora<sup>45</sup>.

Asimismo, el Arzobispado de Buenos Aires creaba un mensaje desorientador para muchos católicos cuando deslegitimizó a los democristianos y nunca deslegitimizó a ciertos sectores del Movimiento Nacionalista. Ciertamente, ya desde el año 1935, la Iglesia oficial tomó distancia de Enrique Osés y de su diario «Crisol», que había

<sup>43</sup> Por ejemplo: «La Iglesia y los Israelitas», *Los Principios*, 7.1.1943; Jacques Maritain, «Porqué no somos racistas ni antisemitas», *Los Principios*, 29.10.1943, 30.10.1943, 31.10.1943. También Mons. Franceschi alaba el libro de Gabriel Riesco, *Criterio*, No. 780, 11.2.1943.

<sup>44</sup> Acerca del ambiente católico, Ver: José Luis de Imaz, *Promediando los 40*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1977; Comparar los nombres de los militantes católicos de los Cursos en Raúl Rivero de Olázabal, *Por una Cultura Católica*, pp.229-235. con Manuel de Lezica, *Recuerdos de un Nacionalista*, Editorial Astral, Buenos Aires, 1968, p. 105-114.

<sup>45</sup> Ver por ejemplo: Enrique P. Osés, «Uniremos a los Argentinos», *Crisol*, 1.5.19941, Héctor Sáenz y Quesada, «Antigüedad del Antijudaísmo en el Plata», *Nueva Política*, 20.3.1942.

publicado un editorial bajo el título «Heil Hitler» y continuaba publicando loas a Hitler y a su régimen. Pero en el mes de noviembre del año 1944, aun cuando la guerra Mundial ya tomaba un viraje muy claro, a favor de los Aliados, Monseñor Copello anunciaba en documento oficial publicado en la Revista Eclesiástica de Buenos Aires que la Revista democristiana «Orden Cristiano» llevaba inapropiadamente el subtítulo de «Revista Católica». Esta medida llenaba de regocijo a sacerdotes y laicos católicos nacionalistas. Es de hacer notar que esta era seguramente una de las pocas publicaciones editadas por militantes católicos aliadófilos y en ella también se expresaba frecuentemente sentimientos de piedad católica ante el sufrimiento del pueblo judío en Europa bajo el yugo del nazismo<sup>46</sup>.

En relación con la cuestión judía, el mensaje católico fue ambivalente desde un comienzo: «Guetoización», «legislación especial», «discriminación» y «rechazo» eran nociones que no entraban en contradicción con la doctrina católica, tal como ésta era interpretada en esos años, en los cuales primaba el mensaje de autodefensa ante la amenaza judía. Por tal razón, los jóvenes que habían recibido educación religiosa podían llevar los distintivos de la Acción Católica y alistarse en la Alianza de la Juventud Nacionalista sin sentir ninguna contradicción entre ambas, por cuanto esa conjunción era considerada como una integridad teológico-política. Lo que sí estaba en franca contradicción con la teología cristiana era la «violencia física» y la «advertencia» doctrinaria, pudo haber sido uno de los diques que detuvieron el proceso de violencia. Es decir: la misma doctrina que incitaba a la discriminación, era también la que ponía freno a la violencia física.

Así, irónicamente, la doctrina católica que educaba al amor al prójimo encerraba en definitiva también el germen latente del estímulo al antisemitismo violento. Ello, dados los fundamentos teológicos anti-judíos que enfatizaba, así como la inclusión de contenidos antisemitas modernos, de raíz no cristiana, que fueron adoptados y asimilados como parte intrínseca de la doctrina católica integral y dado el ambiente católico nacionalista que los propagaba, sin ser censurado por la Jerarquía.

A pesar de que el mensaje católico oficial recalcabá la necesidad de los judíos de convertirse al cristianismo, la Iglesia Argentina, no intentó ayudar a inmigrar al país a judíos convertidos al catolicismo.

---

<sup>46</sup> Ver: «Heil Hitler», *Crisol*, 1.4.1934, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Noviembre, 1944, p. 771. Ver también: *Nuestro Tiempo*, 1.12.1944.

Ello a pesar del pedido de obispos alemanes, que habían transmitido este pedido a Monseñor Copello durante su estadía en Roma en Febrero y Marzo de 1939, para que éste intercediera ante el gobierno para aceptar a los llamados «católicos no-arios», judíos convertidos provenientes de Alemania<sup>47</sup>.

## CONCLUSIONES

Puede concluirse que si bien la Jerarquía Eclesiástica y la Iglesia a nivel de institución no fomentaba ni incitaba al antisemitismo a nivel de documentos, tampoco trató de ponerle frenos ni a través de documentos, ni a través de prohibiciones o deslegitimación de sus portavoces. Sobre la base del estereotipo teológico antijudío muy elaborado y ampliamente aceptado, no sólo en Argentina, se superpuso otro estrato de antisemitismo moderno, ambos difundidos por sacerdotes católicos de gran prestigio, considerados especialistas en la materia. Así, el mito de la necesidad de «autodefensa católica» ante la «amenaza judía», se impuso a los códigos morales de la doctrina católica de amor al prójimo. Mas aún, durante la Segunda Guerra Mundial, se dio un fenómeno de escalada antisemita: a pesar de los cambios, las crisis y los vuelcos en el panorama mundial, la Iglesia Católica argentina mantuvo una posición estática, y no manifestó mayores modificaciones en los contenidos de este discurso antisemita transmitido por sus voceros. Es así que la falta de reacción del Arzobispado ante el fenómeno del antisemitismo abierto en los medios católicos puede interpretarse más como el reflejo de sus propias convicciones que por desinterés en un tópico, tal como el tema judío que era central en la teología cristiana. El antisemitismo formaba parte de la cultura católica integral de esa época. En contraposición de los mensajes antijudíos de sacerdotes y laicos católicos que fueron sembrados en el terreno fértil de los años Treinta y Cuarenta<sup>48</sup>, los mensajes antiprotestantes no tuvieron un eco similar ni se arraigaron en la conciencia popular, a pesar de los dictámenes específicos del Episcopado Argentino contra la penetración de la propaganda protestante. Al parecer la persistencia, la continuidad, el retorno a los mismos estereotipos

---

<sup>47</sup> *Actes et Documents du Saint Siege Relatif a la Seconde Guerre Mondiale*, Vol. 6., Doc. 8, pp. 62-65. 47. Sobre el caso de Brasil, ver: Abraham Milgram, *Brasil y el problema de los refugiados judíos durante la Segunda Guerra Mundial*, (M.A.), Universidad Hebrea de Jerusalén, 1989. (Hebreo)

<sup>48</sup> Por ejemplo: Julio Meinvielle, «Sin Iglesia no puede haber verdadera Civilización», *Nuestro Tiempo*, No. 31, 20.4.1945. «Argentinizar, también en la Cultura», *El Pueblo*, 10.3.1945.

unidos al prestigio intelectual de las personalidades católicas que incitaban al antisemitismo -sacerdotes y laicos- así como la conversión del «antisemitismo teológico» en un sistema de lógica interna, influyeron en la absorción y la expansión del mensaje antisemita. A pesar de que este mensaje había sido transmitido indirectamente por intelectuales católicos, pero nunca avalado oficialmente por la Jerarquía Eclesiástica, su inserción fue de un peso decisivo. En comparación con el mensaje antiprotestante, avalado directamente por la Jerarquía, en un documento oficial, el mensaje antijudío habiendo sido más difuso obtuvo mucho más repercusión histórica.